

Notas sobre la experiencia poética

Luis Droguett

Consultando las páginas de MEDITACIONES SUDAMERICANAS del Conde de Keyserling he encontrado entre ese cúmulo de auscultaciones sobre nuestro continente, el elogio de la Delicadeza sudamericana, y refiriéndose a uno de los tantos ejemplos que corroboran su ensayo, dice: —“Esta misma actitud rige la vida social de todo el continente, con la sola excepción de Chile, donde reina un espíritu más o menos *nórdico*. Es un mundo en cierto modo temeroso de la luz, ya que todo sobrentendido es en él inmediatamente comprendido y estimado en su justo valor, mientras que la claridad sólo por excepción no es mal interpretada”.

La curiosa interpretación de Keyserling nos motiva una transposición de significados, pues otro tanto suele ocurrir en las reflexiones que se hacen en nuestro ámbito cultural en torno al fenómeno poético. Oscilamos en un modo de claroscuro conceptual, válido en la medida en que avizoramos en la penumbra ideas nítidas.

Para un ejercicio de asepsia intelectual deseo anotar aquí algunas apoyaturas ya dilucidadas por los propios poetas con método y rigor crítico.

1. Toda verdadera poesía es un intento por expresar una relación entre el Sujeto y el objeto, es decir, entre el mundo subjetivo y la realidad, pero trasmutándola

con ese nuevo valor que llamamos significación poética, creando una realidad nueva válida por su carga emocional e intelectual. Toda verdadera poesía crea un mundo. Es por ello que suele hacerse sideralmente lejana, remota, misteriosa en sus imprevistos o en su belleza.

2. La poesía es un universo con sus propias leyes, de ahí el absurdo de explicársela con los módulos de otras disciplinas. Hay que desentrañar ese universo formado de palabras que no tienen significación pragmática, pues ellas —las palabras— se trasfiguran como las constelaciones al paso de nuevas palabras, en un hacerse y deshacerse, como la vida.

3. Creo que todo lenguaje es por esencia poético. No hablo del automatismo lingüístico de la mayor parte de los hablantes cotidianos. Hablo del lenguaje en ese momento en el cual la vivencia busca su forma, una forma que pugna por nacer rompiendo preconcepciones y que asciende triunfante hacia el sonido y el signo.

Ahora bien, deseo anotar algunas experiencias mías que están referidas a estos problemas. En mi libro EN EL ALUD COGIDO, poemas en prosa, publicado en 1961, incluí el texto MIRADA DE DIOS, donde están expresadas las dificultades

para conocer la realidad nítida en un ámbito de sombras. Es un poema *rembrandtiano* —diría yo— en claroscuro, pues allí “los objetos cuajan apenas su existencia en la gasa oscura”. El poeta se mueve en “la sombra lúcida del cuarto”. A modo de ejemplo cito este fragmento: “Disueltos en gris estera los presiento... Títulan esplendores de copas en agonía; tazas que dejan de serlo ya se despiden; gredas en trance de perderse en un suspiro de negras sábanas empiezan a disolver los peces... Sólo leves crujidos anuncian la presencia de las cosas... Pareciera que en este mirar de dios que doy por mi contorno creara el mundo de la nada...”

La mirada rescata a los objetos, los circunda amorosamente, los posee. Mi palabra crea de algún modo, por elusiones —con regocijo intimista— por leves referencias plásticas, una sobrerrealidad que es en buenas cuentas este objeto poético traspasado de luz interior:

“La mirada de Dios crea lo blanco. En esta noche todos los objetos familiares que no veo adquieren la virginidad perdida”.

Se ha logrado el instante en el cual el sujeto y el objeto se integran en un ámbito nuevo: la luz del Verbo. La palabra poética está grávida de *mi ser y de lo otro*.

Algunas de estas características de mi hacer poético explican los juicios referidos a mi obra. Anoto que en 1951 publiqué mi primer libro: *CONTRABANDISTA EN EL SUEÑO*, reeditado en 1959. En esa obra la realidad y el sueño conforman una especie de mitología de la infancia y los viajes adolescentes escritos en una forma de *fuga* —uso el término en su acepción estética, musical. Ese libro inicial ha dejado una impronta en mi arte de las transfiguraciones. El escritor chileno Daniel Belmar dijo a propósito: “...constituye una obra singular. Su pro-

sa ceñida y rigurosa, no modela propiamente un relato. Algo describe sin embargo. Pero más que describir, sugiere: recuerdos, reminiscencias, el realismo mágico tan cerca de la conciencia como lejos de lo artificiosamente onírico”.

En mi segundo libro *EN EL ALUD COGIDO*, el poema que da nombre al volumen es una forma de meditación en versículos con fragmentos de prosa poética y en cuya nuez el tema del Ser muriendo es *leit motiv*. Poema fundado en la visión de la vida desde un trasmundo en el cual la duda del conocimiento absoluto alcanza los límites de lo trágico: “¿Quiénes nos cierran la visión verdadera?”

¿Por qué esas Luces, esos Fuegos, esas Insinuaciones que a nada nos conducen? ¿Quiénes nos acompañan? ¿Qué pariente nos habla?

¿Quién perfuma la estancia? ¿Quién entiende el trajín de los astros, los ruidos aquí abajo, las carreras?

Sólo un ruido, sólo un ruido nos queda: un Rostro que se nos huye, un destello de Luz, una sombra en medio de un alud de cosas y de seres, de rápidas Constelaciones que nadie entiende.

¿Quién abre la puerta y hacia dónde? En el alud cogido no somos sino sombra amada:

¿Y en el despertar está lo imposible? Agonizan los pájaros de vuelo”.

En sus caídas vertiginosas y en sus vuelos metafísicos creo es una de las obras más intensas que he escrito. No pasó inadvertida para algunos críticos y poetas chilenos y extranjeros. El fragmento transcrito es la parte final del poema.

Otro de los poemas del libro que indican una capacidad para transmutar la realidad casi lúdicamente es *MORADA EN RIO BLANCO*. Hace años me impresionó mucho esta fuerza arrolladora

del Río Blanco que se precipita al valle y que va a fundirse después con otros afluentes para formar el gran Aconcagua. Después de algún tiempo, volví allá; y al regreso de nuestras vacaciones inicié una especie de reelaboración del tema del Río. El Río se convirtió en un personaje, tomó la forma humana, se identificó con personajes de mi infancia. Nació así un mito. El viejo tema clásico del Río antropomorfizado tiene curiosas facetas en los siete cantos de mi poema. No es una obra descriptiva sino que un símbolo. En su fluir el Río transmuta su ser y prefigura la idea del tiempo, de tal modo que futuro, presente y pasado son un presente eterno.

La reiteración de la idea del tiempo está expresada en el poema ETERNIDAD DEL INSTANTE. La belleza del mundo traspasado de luz —idea que reaparece en casi toda mi obra— encuentra su forma en HERMOSO CABALLERO. Lo religioso está dado menos en la anécdota que en la nostalgia de lo perdido en el poema ANGELES, DILUVIOS. Me excuso aquí de hacer un análisis de estas páginas, pero creo que en mucho revelan un estilo en mi creación poética: intimismo, realismo mágico, bucear metafísico, humanismo moderno, son algunas definiciones expresadas por la crítica chilena a fin de configurar aspectos de formas, estilo y contenidos en mi arte.

* * *

El dilema de una Poética que nace más por aproximaciones que por certezas caracteriza a la poesía chilena y a toda la poesía contemporánea. Es el dilema de todo creador. Es por ello que comprendo las dos vertientes de la poesía chilena: la vertida hacia las sombras y la que asciende —en agonías y gozos— hacia la luz. Cantar desde los conflictos

del ser humano, desde las angustias y desesperanzas, y darle plenitud al verbo, sin vanos oscurantismos, es aspiración que engrandece el acto creador para bien de la comunicación de la verdadera poesía.

En artículo mío publicado en EL NACIONAL de Caracas (1967) me referí al TENEBRISMO Y LUMINOSIDAD EN LA POESIA CHILENA. Vale la pena que cite un fragmento: “Pero también hay una claridad auténtica, necesaria, y es la de las formas: la dignidad de la forma nítida; la línea melódica entretejida de carne; el contrapunto de gozos y silencios, de muerte y vida. No el caos. Detener la vorágine: he aquí un programa de rigor estético y humanista. La frivolidad de un arte claro, luminoso con su dosis de docencia sociopolítica, almidonado en beatería seudorrealista, es una mentira en un mundo donde el derrumbe telúrico tiene su *pendant* en el cataclismo moral”.

El texto es bastante explícito en relación a una claridad plena de futilidades en desmedro de una poesía tenebrista grávida de significaciones como sucede en la obra de importantes poetas de nuestro país. Sumidos en la memoria y en el sueño, se caracterizan por una entrega total a sus adivinaciones y están dotados de un encantamiento lingüístico (Rosamel del Valle) y una aspereza expresiva (Humberto Díaz Casanueva). En suma, ellos son la representación más genuina de un fervor poético: desde la sombra ellos han creado un lenguaje de autenticidad.

Otras voces en la poesía de Chile, deseando ser veraces con una dialéctica de los hechos sociales y con el hervor cósmico, han creado su arte como quien crea el lenguaje en el primer día de la creación: ese tartamudeo, ese estertor; el espasmo, el terror, la rabia están en la voz del más discutido poeta chileno: Pablo

de Rokha. Lenguaje convulsionado el suyo que porta en su despeñadero los elementos de una geología y sociología caóticas, folklórica; una especie de Arte Cisorio de un juglar trotamundo y rabelesiano.

En cambio, la obra poética de Pedro Prado y Jorge Hübner Bezanilla representa una excelente cátedra de luminosidad, ansiosa, añorante, esperanzada, nunca vacua ni preciosista; plena de contención, de equilibrio y de un muy sensible meditar sobre los temas eternos: el Amor, el Tiempo, el Más Allá. Sus voces decantadas están poseídas de pasión humanista, interrogante siempre. Este luminismo, esta claridad conceptual y estética nada tiene que ver con esa otra, simplota, de feria, que desean algunos "teóricos" de ocasión.

La tentación de la claridad inspiró a poetas de la estatura lírica de Angel Cruchaga Santa María. Su arte aristocrático, la tonalidad mística y el simbolismo de sus obras fundamentales son contrapartida a los romances dedicados a los próceres de la Independencia y a los personajes legendarios en su libro ROSTRO DE CHILE. Cuán lejos estos versos de su lejana pureza lírica, de la intensidad poética de su obra antológica EL AMOR JUNTO AL MAR; allí está el mejor Angel Cruchaga Santa María. La claridad como ajena a su arte marginaba de su obra ese intimismo profundo.

• • •

Algunas personas están habituadas en nuestro país a estimar al crítico como un evadido de la *creación pura*. Así considerada, la crítica como acto exclusivamente intelectual, permite sólo los rigores de un examen poco más o menos que clínico, y en el cual la sensibilidad, la imaginación, suelen —es lo que dicen algunos escrito-

res dominados por un anticriticismo furioso— estar ausentes. Cuánta equivocación en tan estrecho tiempo literario como es el nuestro.

¿Son acaso antinómicas las funciones críticas y poéticas? ¿No hay en todo acto llamado creación pura un adarme dilucidador, discriminante, selectivo? Es un vicio de la vida literaria chilena juzgar al crítico como un ser alevosamente vertido sobre la obra ajena. Pero también es cierto que se ha hecho un lugar tontamente común juzgar al poeta como un ser más o menos sonámbulo en poder de unas disciplinas entenebrecidas por el automatismo y por el ejercicio de la egolatría. Poesía y Crítica. ¿Será necesario aquí citar nombre clásicos en el mundo moderno que supieron meditar con sabiduría sobre la creación poética? Y en Chile, ¿cómo desdenar la teorización huidobriana del Creacionismo? Y una pregunta que merece repetirse: ¿En qué medida la Poesía se ha convertido a su vez en luz virgiliana de la Crítica? En el cielo dialéctico de cierta crítica subyacen las interpretaciones que se iluminan con clarividencia poética y no científica. Felizmente. La Poesía ha entrado así en la casa de las verdades inalterables. Y esto no es asunto que concierna a las últimas horas de nuestra vida literaria.

Hace ya más de treinta años que el filósofo y ensayista chileno Clarence Finlayson denotó ser en la disciplina crítica un verdadero y extraordinario creador capaz de interpretar la obra poética con lucidez imaginativa nunca desprovista de serenidad. Y lo admirable en la personalidad de Finlayson es su humildad, su lejanía astronómica de toda soberbia, de todo narcisismo, para gracia de su dignidad intelectual. Y él supo meditar en la función de la Crítica sin pasión *ditirámica* o *denostativa*. Su enjuiciamiento de la función analítica en nuestro continente lo llevó

a un pesimismo referido a las dramáticas limitaciones de nuestra cultura.

Pero hay un hecho digno de señalarse con insistencia: es evidente el ascenso en la calidad de nuestra Crítica a la Poesía. Los mejores estudios que conozco sobre Poética y poetas chilenos se deben a poetas —lo pienso ahora en su acepción prístina— como seres creadores de un universo de imágenes y de ideas. Por este camino, creo que en Chile hay una mayor morigeración en el cultivo de las formas poéticas.

* * *

En mi caso particular deseo expresar a AISTHESIS otras formas de mi experiencia poética que han sido interesantes y decisivas en mi formación. En 1955 la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile editó mi ensayo *Agustín Abarca o el lirismo pictórico*. Señalo esta obra, pues en ella estudio la vida —sobre todo la vida— y la obra del notable artista chileno. Por razones familiares —su hija es mi esposa— tuve la oportunidad de conocer íntimamente aspectos desconocidos en torno a la formación del pintor. Conocí en profundidad los problemas de su generación; a valiosos artistas de su tiempo los traté personalmente o de otros consulté testimonios interesantísimos a través de cartas. Se me animó un hermoso mundo perdido en el cual la poesía, la naturaleza y la pintura encontraban sus voces más verdaderas. Era como rescatar ese mundo del olvido. Piense Ud. en mi poema "Mirada de Dios" y haga Ud. la transposición en la pequeña y grande historia viva de unos artistas tan inspirados de Chile. Este rescate del artista Agustín Abarca era un modo de Arte Poética.

Pero este viaje al tiempo perdido y salvado me dio impulsos para otros viajes hacia la realidad contemporánea. En 1962

viamos a España. El primer viaje a Europa fue, primero un ensimismamiento, y después, una avidez por conocer y vivir este otro ser que éramos entonces en un ámbito donde la nostalgia de Chile encontraba compensación en las menudencias cotidianas o en el estudio y abundantes lecturas o en la conquista lenta de los museos españoles.

Una obra que me hizo meditar hondamente en sus valores estéticos y en su dramatismo fue *El Descendimiento de Roger Van der Weyden*. Los viajes —sí— son una cátedra muy viva de Poética.

Algunos de los poemas de mi último libro *Aquí reinas* fundamentan su ser en las vivencias españolas. Pero creo que este libro es también un testimonio de ese afán mío para preservar un estilo, un modo personal de hacer poético y en ningún caso un mimetismo libresco o epigonal. Pues no se me escapa el hecho que otros suelen practicar una forma un tanto deportiva, no siempre juguetona, sospechosamente ingeniosa, de imitaciones a escuelas cuando no se esfuerzan en estar *a la page* con frivolidad y soberbia abisman-tes.

Confieso que la experiencia poética ha nacido en mí en un sumirme realmente en lo que me ha preocupado. En esta preocupación el estudio y análisis de poetas chilenos y americanos se ha enriquecido con el conocimiento de las letras contemporáneas y otras formas estéticas, en especial, las artes plásticas y la música.

* * *

Sin embargo, hay otros temas del hacer intelectual que me han inquietado intensamente. Creo que en una hora dramática la función de la Poesía es no sólo un *acto de creación* estética sino que también un *acto moral*. De algún modo nos

comprometemos con nuestra obra para salvar al hombre.

En entrevista que me hiciera una publicación chilena, una de las preguntas fue: En un mundo conflictivo como el que vivimos, ¿cree Ud. en la vigencia de la Poesía?

La respuesta mía la transcribo: El mundo siempre ha sido conflictivo. Es razón de la Poesía vivir en constante azarosidad; la historia del hombre no es un campo de flores. Pese a ello, el hombre suele construir algunas Utopías. Piense Ud. en la palabra de los poetas del *Cuatrocientos* que asisten al deceso de la Edad Media, que tienen conciencia de la precariedad de la vida, la civilización y la cultura, y que están angustiados por el aserto inminente de lo efímero. Todo el Renacimiento es una forma de eternizar lo perecedero que huye: el hombre, la mujer, el amor, la naturaleza, la historia.

La Poesía vive del ser conflictivo del hombre. Es su *radiografía* y no su evasión. La Poesía reconstruye al hombre; rehace su historia; le da sentido a su ser moral. La Poesía salva al hombre de su condición masiva, especialmente en la sociedad contemporánea. Dignifica al hombre como ser único para salvar al hombre como ser social. No se concibe un mundo sin la Poesía: ella es el canto del cisne y es el vuelo del ave fénix renaciendo de las cenizas de la historia, de los escombros de las ciudades arrasadas y de la moral muerta. No olvide el hecho inconcebible de una alta Poesía nacida en el sojuzgamiento del hombre; en las cárceles del mundo han nacido cantos de rebeldía y esperanzas.

La Poesía puede alcanzar un significado civil —cierta inmediatez—, en la medida en que no se castra la libertad ni se estreche la expresión en la práctica de las consignas. Recuerde Ud. la Poesía satírica y crítica de Francisco de Quevedo: ella

fue un testimonio formidable de la función moral de la Poesía civil.

Existe esa otra Poesía civil que ha nacido en acto clandestino para miedo de los tiranos.

* * *

Se piensa —y algunos lo dicen a grandes voces— que la Poesía chilena está en crisis de valores. Afirmación que no vale la pena discutir, pues considero que nuestra Poesía se mantiene con jerarquía, y es absurdo insistir en la monarquía de nuestros poetas sobre los de América Latina o España, como algunos han postulado. Estas especies de torneos olímpicos referidos a la cultura no tienen otro valor que el pintoresquismo.

Observo —sí— que la actual Poesía chilena muestra todavía los caminos experimentales que hace cincuenta años se iniciaron en el país. Los poetas actuales no temen, eso es evidente, el rigor de otras disciplinas literarias u otras ciencias del espíritu. Hay una búsqueda de un Lenguaje que se afana en liberarse del tutelaje de los grandes maestros de la Poesía chilena. Hay reincidencias e imitaciones. Hay riqueza de estilos y domina en algunos una mayor elaboración de las formas sin caer en un falso vanguardismo, simiesco o insubstancial.

En otro punto, pienso que en la mal llamada *no poesía* hay igualmente ese universo estético cuajado de imprevistos, sugerente, pleno de luces y sombras que todo verdadero arte porta. Tenemos conciencia de la poesía por esos elementos que establecen violentos contrastes entre los valores sublimes, entre la belleza, el prosaísmo, lo inarmónico, lo grotesco, exaltando el humor negro, la escoria misma del hombre.

En un mundo agobiado por la técnica; en un universo enclaustrado entre meta-

les, cemento, ecuaciones; en un mundo de cálculos y regateos, de hermosos vuelos ultrasónicos; de guerra, de asesinatos, de amenazas, las máquinas destinadas a crear un nuevo producto poético —como si fuera una mercancía—, se enmohecen con rapidez. No se ha creado aún el *robot poético* con intuición autónoma, aunque algunos tengan la esperanza de utilizar para beneficio muy personal las nuevas técnicas de la propaganda más que del arte. Pervivirán a través de las edades estas iluminaciones difíciles de la realidad: volverán otros poetas a descubrir la rugosidad de las hojas; se encantarán viejos líricos en sus alquimias entre libros que les hablen de ciertas épocas sepultas y redivivas. Pasarán los grandes cantos épicos, las migraciones del espíritu, pero volverá a renacer el intimismo, la interioridad auténtica frente a una civilización inhumana. Es un hermoso destino para la Poesía.

Confieso que en este sentido me han seducido siempre los testimonios de un arte fragmentario —si pudiéramos decirlo de este modo—, expresión tan plena de edades, de seres arrasados por el tiempo. Los vestigios de algunas palabras como salvadas de milagro por la arqueología y paleografía portan ese dejo vital, ese temblor de flor hecha ceniza, de canto al borde del abismo. Y en la resaca de los años, *memorias, epístolas, confesiones* descoloridas entre las páginas de extraños libros, configuran un universo poético que no debe ser desdeñado ni por los sofistas ni por los teorizadores mostrencos de la realidad. Todos esos signos expresan un universo parabólico, una inmersión en la nostalgia. Una concepción elegíaca de la vida. Una sobrerrealidad expectante, tensa, en conflicto, augurante, maravillada, inestable.

